



A todos los Amados de Dios en Minnesota,

Gracia y Paz para todos ustedes, por parte de Dios, nuestro creador, y de su amado hijo, Jesucristo, quien nos da la vida a través de amor crucificado, y nos mantiene unidos cuando las cosas se desmoronan.

Solo quiero contarles 2 historias y luego darles 2 invitaciones para este año.

Uno de los grandes santos de mi vida fue el Profesor Rowan Greer, quien me enseñó la teología de la iglesia primitiva en la Escuela de Divinidad de Yale. Rowan era un titán intelectual y un verdadero creyente en el poder de Jesús. Al final de casi todas las conferencias, después de haber simplificado brillantemente la forma en que los primeros cristianos luchaban por darle sentido a su encuentro con Jesús, soltaba una pequeña risita, se encogía de hombros y decía: "Bueno, ahí lo tienes". Su profunda fe, y su rica vida de oración le dieron la capacidad de ver a la raza humana y a la iglesia, en una perspectiva apropiada: imposiblemente hermosa y completamente ridícula.

El libro que escribió Rowan, *Broken Lights & Mended Lives* (*luces rotas y vidas reparadas*), ha sido durante mucho tiempo una estrella que me guía tanto en mi vida como en mi ministerio. Casi al final del libro, él le dedica unas pocas páginas a una

figura poco conocida en la historia de la iglesia llamado Paulino de Pella. Paulino se casó y tuvo una vida de riqueza e influencia política en la Galia del siglo IV, y cuando los visigodos comenzaron a socavar y destruir el Imperio Romano, vio cómo todo colapsaba a su alrededor. Perdió sus propiedades, su voz política, y luego murieron su padre, su esposa e hijos, uno tras otro, dejándolo solo y desolado por el resto de su vida.

La única razón por la que conocemos a Paulino es porque cuando él tenía 83 años, o sea, cuarenta años después del desastre en que se convirtió su vida, el escribió un poema autobiográfico llamado simplemente Eucarístico (*gratitud a Dios por los episodios de mi vida*). Aquí tenemos a una persona cuya vida quedó destrozada mientras que, al mismo tiempo, el mundo a su alrededor se desmoronaba por completo. Desde cualquier perspectiva, su vida fue un fracaso. Y al final, todo lo que le queda es agradecimiento, todo lo que le queda es la Eucaristía. Escribió: "Cualquiera que sea la suerte que aguarda a mi fin que es la esperanza de verte, oh Cristo, la mitigue, y que aleje todo dudoso pavor la confianza en que, mientras persisto en mi propio cuerpo mortal, soy tuyo: tuyo es todo, y cuando sea liberado de él, sé que estaré en alguna parte de tu cuerpo."

Paulino nos muestra la postura cristiana en un mundo que se está cayendo a pedazos: no obsesionado con el éxito o el fracaso, sino simplemente aferrado al poder de Dios. Sin sucumbir a la idolatría ansiosa de creer que depende de nosotros arreglarlo todo, ni rendirse en la desesperación, Paulino continuó

confiando en Dios y en el mundo, de pie con Jesús en oración y amor.

La segunda historia es mucho más personal para mí, y proviene del libro de Andrew Root, *Churches and the Crisis of Decline* (*las iglesias y la crisis en la decadencia*). Es la historia de una iglesia a la que él llama la iglesia de San Juan Bautista, que podría ser cualquier iglesia, en cualquier lugar. A mediados del siglo XX la iglesia San Juan Bautista era el lugar más popular para estar. Bancos llenos, programas prósperos para todas las edades, mucha influencia cívica y un centro de actividades comunitarias. Con el paso de los años, el vecindario y la ciudad empezaron a cambiar y la iglesia entra en una larga temporada de lento declive hasta que eventualmente solo queda un grupo pequeño de miembros. Llamaron a un pastor joven y brillante que era un gran guerrero de la justicia social quien sostenía la promesa de la salvación a través de la relevancia. Pero el crecimiento nunca llegó, y con el paso del tiempo la congregación se cansó de escuchar sus mensajes controvertidos. Así que llamaron a otro joven pastor que estaba completamente inmerso en el movimiento de crecimiento de la iglesia. Puso un poco de pintura fresca en la marca polvorienta de la iglesia hasta que se convirtieron, no solo en San Juan Bautista, sino en "Próspera en San Juan Bautista". Trajo música más moderna a la adoración y trazó un plan estratégico de todos los principios de gestión ya probados sobre el crecimiento de la iglesia. No pasó mucho tiempo antes de que su ambición agotara a la pequeña congregación y, como era de esperar, consiguió una mejor oferta en una iglesia más grande y elegante al otro lado de la ciudad. La congregación, debilitada, se preguntaba, y ahora, ¿quiénes somos nosotros?

Un día, un joven asistió al pequeño grupo de estudios bíblicos de los miércoles por la mañana. Su abuela, era una de las matriarcas de la iglesia, había muerto recientemente. Él le relató al pequeño grupo que antes de fallecer, ella le había dicho que quería que él encontrara a Dios. Así que, dijo, he venido aquí porque supongo que ustedes saben cómo encontrarlo. El grupo, sorprendido, se miraron unos a otros y luego alguien dijo: "¿Sabemos cómo encontrarlo?"

Ese joven, y esa epifanía, llevaron a San Juan en un viaje impulsado por una nueva pregunta. Durante décadas se habían estado preguntando "¿cómo podemos salvar a nuestra iglesia?" Pero ahora se preguntaban: ¿Cómo encontramos a Dios? Eso lo cambió todo. Habían estado actuando como si la iglesia fuera el centro de la historia, cuando en realidad es Dios activo en Jesús a través del poder del Espíritu Santo, quien es el centro. No sucedió un crecimiento milagroso, y siguieron siendo económicamente vulnerables, pero juntos descubrieron una profundidad y vitalidad que nunca antes habían conocido. No eran grandes, estaban *vivos* habiendo aprendido lo que significa encontrar y ser encontrados por Dios en Jesús.

Al igual que Paulino de Pella, vivimos en medio de un imperio americano que se desmorona a través de desgarros profundos y cada vez más violentos en su tejido. Después de las elecciones de esta semana, no hay duda de que los años venideros implicarán más luchas y conflictos, y requerirán coraje para que podamos apoyar y luchar por los marginados. No es exactamente como los últimos días del Imperio Romano que vivió Paulino, pero se parece un poco.

Y al igual que el remanente de San Juan Bautista, vivimos con un modelo de iglesia que a menudo parece que se está derrumbando por su propio peso. Cada año hay más congregaciones que se enfrentan a decisiones difíciles sobre sus edificaciones y su futuro. Incluso aquellas congregaciones que son más grandes y cuentan con más recursos tienen que luchar fuertemente en medio de fuertes vientos culturales y mareas cambiantes. Tratar de mantener todos los platos girando al mismo tiempo tiene un costo extraordinario para nuestros líderes laicos y ordenados.

Lo que es verdad aquí en Minnesota es verdad en todas nuestras iglesias. No hay duda de que nuestro futuro a largo plazo va a ser muy diferente de nuestro reciente pasado. Esto solo es malo si ustedes creen que el objetivo de la iglesia es tener éxito como institución en torno al poder y la influencia en lugar de en las márgenes de la sociedad. Esto solo es una mala noticia si no has leído las Escrituras, donde el proyecto de Dios para sanar al mundo con amor no se basa en adquirir riqueza, poder y personas, sino en reclutar pequeñas comunidades de personas, a menudo muy poco calificadas para practicar el camino del amor de Jesús.

Pero al igual que la iglesia San Juan Bautista de Root, nosotros también hemos perdido la trama a lo largo de los años. Hemos enfrentado el cambio, no como una invitación a profundizar nuestras raíces en Jesús, sino a probar cosas con ansiedad, que ocasionalmente producen vergüenza, solo para regresar a ser lo que solíamos ser antes. Y si revisamos todos los planes y estrategias de los últimos cuarenta años o más, el mensaje tácito

que subyace es "bueno, esfuérzate más". Pero, queridos seres, no podemos enfrentarnos el desafío de la decadencia enfocándonos solo en el desafío de la decadencia, ni tratando de esforzarnos aún más. Solo podremos enfrentarnos al desafío atándonos al poder de Dios en Jesucristo.

Lo que quiero hacer es invitarlos, como diócesis, en los años venideros a no trabajar más duro y hacer más, sino simplemente volver a centrarnos en profundizar nuestra relación con Jesús, y observar con curiosidad juguetona para ver qué fruto produce Él con, en y a través de nosotros.

Al igual que Paulino y San Juan Bautista, nuestro llamado no es el de intentar aferrarnos ansiosamente a lo que está pasando y tampoco es rendirnos y caer en la desesperación. Nuestro trabajo es seguir estando presentes con Dios, con los unos y los otros y en el mundo. Nuestro trabajo, ya sea en una iglesia bastante grande, o en la iglesia más pequeña, es exactamente el mismo: seguir encontrando a Dios y ser encontrados por El. La pregunta que tenemos que responder, con cada respiro, con cada momento, con cada decisión que tomamos sobre nuestras vidas, es la misma que Jesús les hizo a sus discípulos: ¿quién decís que soy yo? ¿Y quién decimos nosotros que es Jesús? Jesús es el rostro humano de Dios, el corazón del universo que nos muestra que morir es vivir, que perder es tener, que entregarnos es la única manera de llenarnos. Lo que importa no es el tamaño de nuestras iglesias, no es la condición de nuestras edificaciones, no es la cantidad de personas que se presentan, o cuán sostenibles son nuestros presupuestos. Lo único que realmente es importante para nosotros es que Jesús es el Señor, no un poder terrenal, no un modelo institucional. Y este Jesús es el

Señor, no porque acumula más para sí mismo, sino porque lo da todo. ¿Es esto lo que vemos que estamos confesando?

El sueño que tengo para nosotros en los próximos años es que volvamos a la simplicidad de estar con Jesús, juntos los unos con los otros y para el mundo haciendo solo dos cosas: profundizando nuestras raíces en Jesús y plantando semillas para el futuro de Dios.

Profundizar las raíces se trata de enfocarse en cómo nos encontramos con Jesús en vez de preocuparnos de cómo vamos a arreglar la iglesia. Es así como San Juan Bautista realmente logró cobrar vida. Profundizar nuestras raíces se parece a San Pablo en Duluth, formando pequeños grupos de discipulado en torno a Practicando el Camino; no leyendo un libro en busca de conocimiento o inspiración, sino aprendiendo lo que significa realmente seguir a Jesús en medio de la vida cotidiana.

Profundizar nuestras raíces se parece a St. David's en Minnetonka, continuando reuniéndonos para Completar todas las noches durante cuatro años desde el comienzo de la pandemia. Profundizar nuestras raíces se parece al himno de Cuaresma cantado en nuestras congregaciones Ojibwe, donde las personas comparten profundamente sus luchas y alegrías, y cómo Dios se está moviendo dentro y entre ellas. ¿Cómo seríamos si miráramos cada actividad, cada comité, cada partida presupuestaria y nos preguntáramos: "¿Está esto profundizando nuestras raíces? ¿Nos está ayudando a participar más plenamente en la vida de Dios?"

Plantar semillas es la forma en que recordamos que con Dios la historia nunca termina, y que una cosa que se desmorona

contiene el comienzo de lo que viene después. Plantar semillas es dejar de mirar al pasado con nostalgia y abrazar juguetonamente lo que puede ser. Plantar semillas se parece a la Iglesia de la Epifanía en Plymouth, iniciando nuevas congregaciones en comunidades de jubilados de su vecindario. Plantar semillas se parece al amor en St. Cloud, donde Nancy Dyson está recuperando la vieja idea de la parroquia, la sensación de que las personas confiadas a nuestro cuidado no son solo las que están sentadas en los bancos de la iglesia, sino también en las regiones donde nosotros estamos plantados. Plantar semillas se parece al ministerio de Colleen Tully con la comunidad en recuperación en el suroeste de Minnesota, con Eucaristías mensuales de personas en recuperación en Windom, y un grupo de personas que todos los meses se reúnen en el sótano de la casa de alguien para una Eucaristía de personas en recuperación en Blue Earth, donde no hemos tenido una congregación formal en décadas. Plantar semillas se parece a Un Lugar En La Mesa en Kasson, donde un simple programa de alimentación ha dado lugar a una comunidad alegre y espiritual, una congregación de los miércoles por la noche junto con su tradicional servicio dominical. Plantar semillas se parece a Casa María en Richfield, donde una coalición de nuestras comunidades se ha unido en San Nicolás para brindar apoyo y servicios críticos a los inmigrantes que recientemente han llegado y quienes se ven afectados y en mayor riesgo debido a la actual retórica nacional y vientos políticos. Plantar semillas se parece a todas las congregaciones que buscan maneras pequeñas y sencillas de conectarse con los vecinos, trabajar y jugar, de una manera que ellos puedan entender. Plantar semillas se parece a dar inicio a nuevas comunidades junto a aquellas hermosas comunidades que ya tenemos.



Nada de esto se trata de salvar o arreglar la iglesia. Nada de esto se trata de obtener más para nosotros mismos. De hecho, si pensamos que el objetivo de la iglesia es servirnos o adquirir recursos como personas y dinero para sobrevivir, entonces no somos diferentes de los imperios del mundo que ven a las personas como mercancías para ser explotadas. Seguimos a un salvador que se enfrentó al imperio no a través de una poderosa conquista, sino de amor crucificado. Entonces, cuando el mundo se voltea a mirarnos, ¿será que ven otro imperio compitiendo por la atención y la lealtad, o será que ven el amor crucificado de Dios, que crece al darlo todo y vive al morir?

Lo que estoy tratando de hacer en mi trabajo es filtrar cada día, cada reunión, cada compromiso a través de la siguiente pregunta: “¿esto ayuda a profundizar nuestras raíces en Jesús o a plantar semillas?” Lo que yo les pido a ustedes, que son líderes congregacionales, es que ustedes también filtren cada actividad, cada conversación, cada decisión a través de la pregunta: "¿Esto profundiza nuestras raíces en Jesús o a plantar semillas?" Lo que espero es que el consejo diocesano, los Fideicomisarios, la Comisión de Ministerio, y el Comité Permanente se unan a mí en preguntarse, una y otra vez, y una vez más: "¿Esto ayuda a profundizar nuestras raíces o a plantar semillas?"

El libro de Eclesiastés, que no recibe mucho amor fuera de la vieja canción de los Byrds, nos recuerda que la sabiduría crece cuando logramos aceptar que todo tiene un ciclo de vida. Lo que consideramos como edificaciones esenciales, un sacerdote en cada comunidad, mucha gente en los bancos- es algo novedoso histórica y globalmente. Los primeros cristianos a los que

Rowan me enseñó a amar no tenían iglesias, ni dinero, ni el himnario, ni comités. En muchos lugares alrededor del mundo la iglesia está prosperando, está completamente viva, sin tener ninguna de esas cosas. Por lo tanto, en los próximos años, es muy posible que tengamos menos propiedades inmobiliarias. Muchas de nuestras congregaciones pueden empezar a parecerse más a nuestros hermanos a lo largo de la historia y en todo el mundo, optando por reunirse en pequeñas iglesias-hogar o en lugares públicos, viajando ligeramente juntos, existiendo en los márgenes con Jesús. No tenemos que luchar contra eso. No tenemos que tener miedo. No tenemos que avergonzarnos. El mundo siempre está girando, el molde siempre está cambiando. Sembramos semillas, las regamos con agua y las cuidamos. Dios da el crecimiento. Nada bajo el cielo es permanente, excepto la victoria de Jesús sobre la muerte. La iglesia no es la estrella de la historia de Dios, y mientras estemos encontrando y siendo encontrados por Dios, plantando las semillas del fruto que perece, vamos a estar bien, aunque los imperios tanto del mundo como los de la iglesia continúen levantándose y cayendo a nuestro alrededor.

Una última cosa al terminar. El verano pasado me dediqué a la pesca con mosca. Es difícil y yo soy muy malo. Me caigo mucho en el río. He roto suficientes puntas de caña como para que la empresa Orvis cuestione seriamente su generosa garantía, y paso más tiempo maldiciendo el sedal enredado que admirando los peces capturados. Pero a pesar de mi torpe incompetencia, cuando estoy parado en, digamos, el río Root en Driftless, Minnesota, yo me siento visto, sostenido y apreciado por un Dios amoroso como casi en ningún otro lugar en mi vida.

Para ser un buen pescador con mosca primero tienes que aprender a hacer algo llamado “remendar la línea.”

Normalmente pensamos en remendar como arreglar o reparar. Pero en la pesca con mosca, la reparación se refiere a la habilidad de girar la línea una y otra vez en el agua para que la mosca flote como un insecto real. Atrapas peces dominando movimientos antiguos y repetitivos.

Ese es nuestro trabajo. A medida que la corriente del mundo continúa tempestuosa y arremolinada a nuestro alrededor, estamos siendo llamados a pararnos en el río, con el pleno conocimiento de que somos vistos, sostenidos y apreciados por un Dios amoroso. Y estamos siendo llamados a remendar la línea, a tomar los tesoros que nos unen a Jesús —las Escrituras, los sacramentos, los antiguos patrones de oración, la vida juntos, la solidaridad con los oprimidos y darles la vuelta una y otra vez, algo que no es totalmente diferente a lo que siempre hemos hecho, solo algunas nuevas miradas, algunas nuevas formas, adaptándonos al flujo del agua en este momento único, hasta que el río del amor de Dios finalmente reúna todos los pedazos rotos de lo que se han desmoronado, y nos mantenga a todos unidos en la luz única.

Presentado a ustedes el día 8 de noviembre de 2024, en la ciudad de Bemidji, estoy, a pesar de mi torpe incompetencia, por la gracia de Dios únicamente.

+CWL

El Reverendo Craig Loya

X Obispo de Minnesota